

EL GÉNERO EN LA LITERATURA O LO OTRO*

Baptista Díaz Carlos

Universidad de los Andes-Trujillo

Hemos llegado al tercer milenio sabiendo que bien podría haberse llamado a este período de dos mil años, la cultura del “hombre blanco”, por haber sido éste el referente universal para la humanidad. Pero llegamos en un momento sumamente interesante, en el cual la misma cultura occidental cuestiona las sólidas estructuras que le dieron sustento.

Frente al paradigma de lo universal y lo particular, frente a lo uno como verdadero y real, en contraposición a lo múltiple, que desde Platón hasta nuestros días se ha mantenido en vigencia, se abre paso a la constatación fáctica de una multiculturalidad que, por primera, vez plantea una mirada abierta a las otras culturas y civilizaciones, a lo diferente, a lo “otro”.

Esta constatación posibilita a la mujer no ser ya más el otro del universal; permitiría entonces la legitimidad de su discurso (llámese femenino, caótico, irracional) como universal, es decir, una verdadera “libertad de expresión”, uno de los principales anhelos que han tenido las escritoras a lo largo de la humanidad.

Aunque existe todavía la peligrosa tendencia de ver a las mujeres como a una minoría, al igual que a los *gay*, grupos étnicos, comunidades culturales y raciales, su avance en los últimos años ha puesto fin a la identificación del hombre como lo universal, develándose que el lenguaje ha sancionado el ocultamiento y la marginación de la mitad de la humanidad designando a lo masculino como género neutro.

* Este artículo fue realizado gracias al financiamiento del CDCHT-ULA

En este horizonte, somos testigos de un nuevo despertar de la literatura escrita por mujeres, cuyo antecedente más cercano para América Latina lo constituyeron las escritoras del siglo pasado e inicios de éste. En la mayoría de los países latinoamericanos ocurrió lo mismo, escritoras como Matto de Turner, Gorriti, de la Parra, fueron censuradas, excomulgadas, expatriadas, encerradas en manicomio. De allí prosiguió un gran silencio.

¿Podemos decir ahora que la situación de marginación de las escritoras ha terminado?

En la última década, América Latina ha presenciado un boom editorial de escritoras que hace de la literatura femenina o escrita por mujeres no sea ya una excepción, sino que empiece a constituir una tendencia en la literatura en general, llegando a convertirse hasta en “una moda”. Pero esta situación entraña una paradoja: por un lado, refleja una mayor presencia de las mujeres en el mundo literario, pero al mismo tiempo, el hecho de que exista un grupo de escritoras exitosas en las letras hispanas invisibiliza de alguna forma todo un movimiento de mujeres que están expresando sus ideas y visiones a través de la escritura. Asimismo existe “una” forma de literatura femenina exitosa, con lo que estaría excluyendo todo los otros estilos que están expresando con mucha riqueza las culturas y subjetividades de las mujeres latinoamericanas.

En la década de los ochenta, la escritora catalana Carmen Riera, en “*Literatura femenina: ¿Un lenguaje prestado?*” se plantea las siguientes y difíciles interrogantes: ¿Existe una literatura específicamente femenina? ¿Escribe la mujer de distinto modo que el hombre? Veinte años atrás, también Susan Sontag, denuncia los trucos y trampas de una gramática masculina. El lenguaje -para Sontag- expresa meramente el orden sexista que ha dominado a lo largo de la historia. Para ella, la gramática debe cambiar y la gente tomar conciencia de la profunda misoginia que se ha manifestado en todos los niveles de intercambio humano.

Si el lenguaje expresa en las formas gramaticales masculina aquello que es lo comúnmente humano, lo universal, nuestra humanidad común, se refiere a los aspectos masculinos. ¿Cómo deben entonces poder expresar desde el lenguaje su humanidad como mujeres?

¿O se pudiera hablar de las escritoras y con ello referirnos a la universalidad de los escritores? Es por ello que muchas mujeres prefieren autodenominarse bajo el universal “escritor”. Una cosa es decir “soy escritor”,

lo que engloba a toda una sociedad, y otra decir “soy escritora” , lo que representa sólo la mitad de ella.

Citando a Margarita Duras, la escritora chilena Lucia Guerra propone frente al dilema estético de representar literariamente su propia visión de la femineidad, la escritora debe traducir la oscuridad, toda aquella zona que no ha sido aún convencionalmente simbolizada por construcciones culturales masculinas. La cuestión sería, entonces, cómo dar forma, a través del lenguaje. Este es el problema fundamental y una de las principales trabas con las que se encuentra actualmente la escritura de mujeres. El lenguaje, presentado como sexualmente neutral, sólo permite lo femenino como una categoría especial que según Gisella Breitling: “lo ignora o lo confunde bajo lo masculino”.

Pero, ¿hasta qué punto es cierto que deba alterarse la gramática para que las escritoras ostenten un pensamiento autónomo?

Sin embargo, el problema apenas sí es esbozado con timidez por las mismas mujeres, mucho menos por nosotros.

La falta de espacios para reflexionar, levantar temas de debate es una de las grandes carencias intelectuales del momento.

La crítica ha creado peligrosas categorías para darnos una visión generalmente sesgada sobre la producción literaria de las escritoras.

En una mujer se ve siempre más lo privado, lo personal, lo subjetivo y se confunde comúnmente a la narradora con la autora. No se les emparenta con los escritores ni se las ubica en la tradición nacional, sino en un ghetto femenino que no tiene nada que ver con la discriminación positiva que defiende el feminismo.

Cuando la crítica no es paternalista repara en lo anecdótico y no en la calidad literaria. Algunos cronistas exaltan en aislados ejemplos el hecho de que la autora enmarque su condición femenina, como si esto fuera una virtud. Cuando no, se dice que las mujeres escriben bajo la sombra del feminismo y carecen de la universalidad del canon occidental.

“Las mujeres escritoras se inscriben en dos tendencias: muy intimista o experimental, como Daniela Eltit, y por otro lado la cosa facilona, exótica, tipo Laura Esquivel. Esa literatura femenina es autista: se mira al espejo. No hay ninguna que cuente historias” dijo Alberto Fuguet en

Vanguardia de una nueva literatura. Podríamos decir lo mismo de la actual literatura joven: coca, violencia, sexo y, sobre todo, un gran sentido de la vida.

Pero hay algo más peligroso aún que las definiciones maniqueas del joven escritor. El hecho de que las mujeres constituyan una “tendencia”.

Dentro de la literatura universal, se les ha marginado, se les ha empujado hacia el ghetto de lo femenino, a pesar de su heterogeneidad. Muy fácilmente se las ubica a todas las mujeres que escriben en esa zona específica de la literatura, en contraposición a la literatura sin apellidos, a la universal, a la de los hombres.

No tratamos de preguntarnos si existe o no una literatura femenina-debate que ya tiene décadas- sino sobre la posibilidad de que las mujeres puedan expresarse libremente dentro de los códigos de una literatura cuya tradición está conformada básicamente por los cánones de los hombres o marcadas por la categoría de lo masculino.

La crítica alemana Sigrid Weigel se plantea si es que como mujeres están en condiciones de desarrollar una manera de hablar o de escribir que refleje los deseos y experiencias, o si se están sometiendo a las presiones y tentaciones de la “imagen masculina” de las mujeres. La moda o el boom de la llamada “literatura femenina” bien podría estar respondiendo a esta mirada. Pensemos en el esencialismo femenino de Laura Esquivel, por ejemplo.

La narrativa de mujeres se encontraría ante una disyuntiva: cómo escribir desde las mujeres y al mismo tiempo ser reconocida por la literatura oficial como literatura seria, no *light*, universal.

La escritora Rosario Ferré tiene una posición al respecto: “Las escritoras de hoy saben que si desean llegar a ser buenas escritoras, tendrán que ser mujeres ante que nada, porque en el arte de la autenticidad lo es todo. Tendrán que aprender a conocer los secretos más íntimos de su cuerpo y a hablar sin eufemismos de él. Tendrán que aprender a explorar su ira y su frustración así como sus satisfacciones ante el hecho de enseñarles a sus lectores a comprenderse mejor”. Pero esta propuesta, este ideal, de cumplirse, ¿no es al que la crítica desconoce como universal y arrincona en la tendencia de “literatura femenina”?

Latinoamérica, a diferencia del resto de continentes, tiene un gran privilegio: compartir el mismo idioma oficial. Sin embargo, las escritoras locales no son difundidas a nivel regional. No existen medios de distribución de obras ni redes formales e informales que les permitan conocerse, intercambiar experiencias y aprender de las experiencias similares que se están desarrollando en otros países.

A pesar de la “moda de la literatura femenina”, la precaria industria editorial no tiene capacidad para publicar la producción literaria existente, menos aún aquella de las mujeres. El problema de acceder al público a través del libro se convierte entonces en un problema fundamental de las escritoras, a muchas de las cuales no les queda otra alternativa que pagar por ellas mismas sus propias ediciones con la edición limitada que ello implica.

La situación de la cultura en la región es realmente frágil. Marginalidad por problemas económicos y políticos, no es considerada una cuestión prioritaria ni relacionada con el desarrollo. Los decididores y ejecutores de políticas parecen no tomar en cuenta que sin prestar atención a la cultura- y en América Latina tenemos que decir, a las culturas-, no puede haber desarrollo ni democracia.

La élite de escritores y artistas vive en una especie de isla que, sin ser una torre de marfil, los separa de las masas preocupadas por su sobrevivencia. La mujer, con su doble carga de madre y trabajadora pendiente, agrega una tercera, la de escritora. Grupo selecto y privilegiado para algunos.

Olvidamos, sin embargo, que América Latina es una región esencialmente multicultural. Por ello es importante reflexionar sobre las culturas, abriéndonos más allá de la cultura occidental tradicional. El filósofo Fidel Turbino, nos plantea tres ideas centrales que dan sustento a una visión intercultural de nuestra sociedad. 1) Que no existe un punto de referencia absoluto a partir del cual sea posible fundamentar una forma de saber adquirida como definitiva y cierta. 2) Que uno nunca se las tiene que ver con algo así como la *razón* en general, sino con una pluralidad de racionalidades, es decir, con una diversidad de maneras de representar y codificar, según un determinado orden lógico, los elementos que tematizan lo conceptual y/o simbólicamente las vivencias de la realidad que nos circunda. 3) La heterogeneidad de formas culturales de vida es irreductible a una homogeneidad unitaria.

Es importante, entonces, incorporar en nuestro horizonte cultural y creativo todas las manifestaciones del arte de las mujeres como igualmente válidas a su quehacer creativo como escritoras. Reflexionar sobre esto nos permitirá también profundizar en la validez universal de sus trabajos y visiones del mundo. La propuesta intercultural, que se basa en el respeto de los otros, da a las mujeres la posibilidad de desarrollar su libertad de creación, valor superior para las mujeres que consideran a la literatura como terreno privilegiado de la libertad de expresión.

Estos tres problemas tocados tan rápidamente nos ponen frente a una interrogante que las escritoras han tratado de soslayar por el peligro de ser “satanizadas o marginadas”: ¿Existe una censura basada en el género? ¿Se sienten las escritoras censuradas en su libertad de expresión por el hecho de ser mujeres?. En el documento “El poder de la palabra: Cultura, censura y voz” elaborado por la Organización de escritoras *Women’s World*, se caracteriza la censura basada en el género de la siguiente manera: “Definimos la censura como todo medio a través del cual se impide que las ideas y las obras de arte que expresan posturas discordante con la ideología dominante lleguen a su público potencial. Tales trabajos pueden ser ignorados, difamados, menospreciados o deliberadamente malinterpretados, con el fin de silenciar a sus autores y mantener el orden existente. Pero la censura basada en el género, tales como la vemos, es mucho más amplia y más difundida que la supresión oficial y organizada. Está arraigada en una serie de mecanismos sociales que silencian las voces de las mujeres, niegan valor a sus experiencias y las excluyen del discurso político. Su propósito es oscurecer las condiciones reales de la vida de las mujeres y la desigualdad de las relaciones de género, y evitar que las mujeres escritoras rompan el silencio, haciendo blanco de sus acciones a las mujeres que desconocen los lugares que la sociedad ha designado para ellas con el objeto de intimidar a las demás”.

Pero ¿hasta dónde la mujer es responsable de haber cruzado la frontera de la censura a la autocensura?, y, ¿hasta dónde le será posible permanecer en ella?. Como ya vimos en los ejemplos anteriores, la amenaza de ser expulsada del paraíso universal de la creación masculina, siendo satanizada o desvalorizada, por un lado, o el hecho de ser recluidas en el ghetto de lo femenino, por otro, son, creemos, los principales resortes que hacen funcionar su autocensura.

Bibliografía:

- Amelag, James S.(1990). *Historia y género: Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia: Alfons el magnamin.
- Breitling, Gisella (1985). *Estética feminista*. Barcelona: Icaria.
- Castellanos, Rosario (1975). *El eterno femenino*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Chakravorty, Gayatri (1994): “El desplazamiento y el discurso de la mujer” en *Debate Feminista*. Vol. 5, N° 9. México. p.151.
- Ferré, Rosario (1986). *La cocina de la Escritura*. México: Joaquín Mortiz.
- Foreman, Ann (1977). *La femeneidad como alienación: marxismo y psicoanálisis*. Madrid: Tribuna feminista.
- Moi, Toril (1988). *Teoría literaria feminista*. Madrid: Cátedra.
- Olivares, Cecilia (1997). “Escritura femenina” en *Glosario de términos de crítica literaria feminista*. México: El Colegio de México.
- Ramos Escandón, Carmen.(Comp.)(1992) *Género e Historia: La historiografía sobre la mujer*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Richard, Nelly (1996): “Feminismo, experiencia y representación” en *Revista Iberoamericana* 176-7 (Pittsburgh: Uni. Of Pittsburgh) p.737.
- (1989). *La estratificación de los márgenes*. Santiago: Zegers.
- Richard, Nelly (1993). *Masculino/Femenino: prácticas de la diferencia y cultura democrática*. Santiago de Chile: Zegers.